



SYNODUS EPISCOPORUM

BOLETIN DEL COMITE PARA LA INFORMACION

SALA DE PRENSA DE LA SANTA SEDE

29.X.1987

- 43

DISCURSO DEL SANTO PADRE

En la conclusión de la Vigésimo Novena Congregación General, el Santo Padre ha pronunciado el siguiente discurso en latín:

Queridísimos en el Señor:

1. Damos gracias a Dios por medio de Jesucristo nuestro Señor en el amor del Espíritu Santo por la celebración de esta 7.ª Asamblea Ordinaria del Sínodo de los Obispos, que ha tratado sobre un tema de gran importancia en la economía de la salvación: la vocación y la misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo de nuestros días. Es verdaderamente justo dar gracias a Dios por la experiencia fraterna de comunión que hemos vivido estos días, por el enriquecimiento mutuo que ha supuesto para cada uno de nosotros esta gran reunión, por los frutos que confiamos puedan nacer de estos trabajos nuestros en favor del Reino de Dios en su lento madurar en la tierra. Dios, que en su bondad ha asistido nuestra obra y la ha hecho prosperar, quiera que de ella nazca una copiosa cosecha de bienes para su amada Iglesia.

Mi espíritu agradecido se vuelve a un tiempo a todos y a cada uno de vosotros, hermanos queridísimos, que os habéis congregado aquí desde todos los lugares de la tierra, que habéis enriquecido esta asamblea con toda vuestra experiencia pastoral, y que a lo largo de todas estas semanas habéis empeñado sin desfallecimiento todas las fuerzas de vuestra mente y de vuestro corazón, para la elaboración de las numerosas cuestiones examinadas. Las preocupaciones y expectativas que movían el corazón de cada uno, han resonado en el corazón de todos nosotros, y esto de tal manera que, durante estos días, sintiéramos manifiestamente aquella "solicitud por todas las Iglesias", que quemaba el pecho del Apóstol (2Cor 11,28). Dando las gracias a cada uno de vosotros quisiera que todos los hijos de la Iglesia supieran que la preocupación por ellos, por sus expectativas, por sus problemas nos han acompañado constantemente en nuestros trabajos en este Aula.

Para suscitar estos puntos, contábamos con la presencia de muchos expertos conocedores de las distintas problemáticas eclesiales. También a todos ellos, religiosos y religiosas, laicos, hombres y mujeres, peritos en las diferentes disciplinas teológicas y humanas, doy las gracias y les expreso nuevamente el sentimiento de mi mejor afecto.

(sigue)

AVISO

Este Boletín es sólo un instrumento de trabajo destinado a los periodistas y está a disposición de estos exclusivamente. Las traducciones del original no tienen carácter oficial.

2. En verdad, ésta ha de considerarse una gran búsqueda que, con la ayuda de la gracia de Dios, hemos podido llevar a cabo. En efecto, cada uno de los elementos de la deliberación se pueden encontrar en los discursos y escritos que constituyen los pasos del trabajo introductorio de esta Asamblea. De manera particular, quiero referirme tanto a los "Lineamenta", enviados a las Iglesias particulares en el curso del año 1985, como a las "sugerencias, observaciones y respuestas", remitidas, a su vez, por dichas Iglesias particulares a la Secretaría del Sínodo. Deseo referirme, finalmente, al "Instrumentum laboris", que fue preparado teniendo en cuenta todas estas cosas, y enviado a continuación a los Obispos y sus colaboradores así como a todos los fieles, en la primavera de este año.

Quiero subrayar, además, las numerosas intervenciones que han tenido lugar en el curso de las discusiones sinodales, que han confluído en las "Propositiones" y representan el resultado de toda esta búsqueda.

Por deseo de los Padres Sinodales, todos los elementos que en este sentido han aparecido iluminadores constituyen el fundamento para la posterior tesitura de un documento postsinodal que, cuanto antes, es mi intención redactar. Sin embargo, el reducido espacio de tiempo en que necesariamente está reunido este Sínodo no permite trazar un propio y definitivo documento. Quedará, pues, a mi cargo, accediendo a la petición y voluntad plenamente manifestada de los Padres, dar curso a este trabajo, haciendo uso naturalmente del consejo de la Secretaría del Sínodo y observando, por supuesto, aquellas cosas propias y peculiares que pertenecen al Sínodo mismo.

Me sostiene así la esperanza de que las formas de cooperación colegial puedan completarse, formas que en esta última Asamblea con tanta claridad y nitidez se han manifestado. En efecto, el fin principal que todos deseamos alcanzar se encuentra en el servicio a la gran familia de Dios, esto es, en el servicio al Pueblo de Dios del que los laicos forman la mayor parte. Sin embargo, al examinar los distintos elementos de la vocación y funciones de los laicos, será siempre necesario tomar en consideración la múltiple diferenciación de la Comunidad Eclesial que tan claramente se ha puesto de manifiesto a lo largo del Sínodo a través de las distintas intervenciones.

Este servicio debido a la Iglesia, al Pueblo de Dios peregrino en la tierra hacia la Patria eterna, es misión de todos nosotros en manera particular, que, como miembros del Colegio Episcopal, realizamos en la Iglesia la misión pastoral heredada de los Apóstoles.

3. Dejando a un lado lo concerniente al futuro y volviendo ahora al presente, deseo una vez más recordar a todos aquellos que, de distintos modos, han prestado sus servicios en los trabajos desarrollados durante esta Asamblea Sinodal.

Pienso, en primer lugar, en los que tuvieron a su cargo la preparación del Sínodo. Hay que dedicar un recuerdo particular al anterior y actual Consejos de Secretaría, así como a los Cooperadores y Consejeros. Con todo, en este sentido es digna de especial mención la Asamblea extraordinaria del Sínodo celebrado en 1985. En efecto, este Sínodo, reflexionando sobre los frutos del Concilio Vaticano II a veinte años de su clausura, se detuvo con particular atención, como era justo, en considerar la función propia de los laicos en la Iglesia, y abrió caminos de búsqueda sobre la que posteriormente se ha preparado este Sínodo.

Pero el mérito principal de los frutos que percibimos en estos días, y por ello nuestra particular gratitud, hemos de atribuirlo a los Obispos residentes y a las Conferencias Episcopales, que examinaron y desarrollaron las cuestiones sinodales en sus propios lugares de residencia, consultado cada uno a sus órdenes de laicado. Es evidente que también los sacerdotes, religiosos y religiosas que conviven con los laicos participaron en la consulta: a ellos también mi agradecimiento.

Deseo hacer especial mención del Consejo para los Laicos que de manera inmejorable se incorporará a esta preparación, haciendo uso de su reconocida pericia. En efecto, este Consejo, mediante el encuentro celebrado el pasado mes de Mayo en Rocca di Papa, ha contribuido grandemente a los principales logros del Sínodo. Quiero cumplir ahora con el gozoso deber de dar abiertamente las gracias a todos aquellos que, sin ahorro de esfuerzos, han trabajado directamente en la edificación de la "obra sinodal" en esta no fácil sesión.

Ante todo, quiero expresar toda mi estima a cada uno de los participantes de este Sínodo por tantos esfuerzos y diligente celo para el feliz desarrollo de esta Asamblea y celebración eclesial. Legados de las Conferencias Episcopales, así como de las Iglesias Orientales, participantes nombrados por mí, Superiores de las familias religiosas, Presidentes de los Dicasterios de la Curia Romana, todos ellos, con su empeño diario, han hecho posible la celebración fructuosa de este Sínodo. Va también nuestro pensamiento a los sacerdotes colaboradores de los Obispos y abrazamos fraternalmente desde aquí a todos aquellos queridos Obispos que, por distintas causas, se han visto impedidos para asistir con sus demás hermanos a este Sínodo.

Debo y deseo dar las gracias muy particularmente a los tres Presidentes Delegados, Venerables Hermanos Pironio, Lubachivsky y Vidal, recordando, al mismo tiempo, al Card. Trin Van Can que no ha podido estar con nosotros en el Sínodo. Un inestimable trabajo — todos ciertamente lo reconocemos — ha sido el desarrollado por el Relator General, Card. Thiandoum, Arzobispo de Dakar, el cual de este modo ha hecho que la Iglesia Africana aportara, por su parte, al Sínodo copiosos frutos.

(sigue)

También el Secretario especial y sus colaboradores, clérigos y laicos, hombres y mujeres, todos y cada uno son merecedores de alabanza por haber prestado una ayuda excelente a los participantes del Sínodo, mostrando gran entusiasmo y fidelidad.

Estoy seguro de interpretar en este momento los sentimientos de todos vosotros al dar las gracias encarecidamente al Secretario General del Sínodo, Arzobispo Schotte, y a todos los que han prestado sus servicios en la Secretaría General del Sínodo de los Obispos, los cuales no sólo han preparado de manera impecable el trabajo de los Padres, sino que estuvieron también con nosotros en las sucesivas sesiones para el mejor desarrollo del trabajo.

Merecen toda mi gratitud los dos Secretarios adjuntos, ambos laicos, hombre y mujer, nombrados para esta circunstancia, que desempeñaron su cometido de manera ejemplar. Estos han hecho presente entre los mismos Pastores las grandes expectativas y esperanzas de los laicos, cuyo testimonio firmísimo de fe han sabido transmitir perfectamente.

Personalmente me complace en recordar a los Moderadores de los Círculos Menores que han sabido dirigir el trabajo con una pericia tal que no sólo todos han podido gozar de la facultad de expresarse libremente, sino que también han hecho confluir las opiniones manifestadas en las distintas intervenciones sinodales en un maduro consenso sinodal. Sin embargo, gran parte del peso del trabajo lo han llevado los Relatores de los Círculos Menores; éstos, en efecto, han cumplido con toda diligencia su cometido, prestando su aportación en las distintas fases al trabajo del Moderador y del Secretario especial para favorecer, aun en el respeto de las opiniones y puntos de vista de todos, la formación del consenso sinodal. Muchas horas han gastado en esta ardua tarea de conciliar todas las cosas y, en todo momento, han dado muestras de sentido de sacrificio, de fidelidad en su misión para con la Iglesia y de gran competencia.

Mi profundo agradecimiento a los Auditores y Auditoras, hombres y mujeres, religiosos y religiosas, miembros de Institutos seculares, laicos. Su presencia en el Aula y en los Círculos Menores han aportado al proceso sinodal una nueva y mayor amplitud.

Todos aquellos que han hablado a los Padres Sinodales, ya como enviados especiales ya como Auditores, han hecho presente la realidad cristiana tal como ésta es. Todos los laicos del mundo han podido hablar a través de ellos. El testimonio de sus vidas, de su compromiso y de su fe ha sido sumamente edificante. Los servicios que han prestado no pueden caer en el olvido. Todos y cada uno, según su función específica, se han incorporado a la gran familia sinodal, bajo la guía del Espíritu.

4. Mañana, en la Basílica de San Pedro, celebrando en comunión de espíritu una Eucaristía solemne, renovaremos nuestra acción del gracias al Señor por todos los beneficios recibidos a lo largo de estos días.

En orden a esta celebración litúrgica y como preparación a ella, intercambiamos ahora la expresión de nuestra recíproca gratitud, siendo bien conscientes de que "toda dádiva buena y todo don perfecto viene de lo alto, desciende del Padre de las luces, en quien no hay cambio ni sombra de rotación" (Sant 1,17). El bien que hemos podido hacernos los unos a los otros en el ámbito de esta Asamblea y el servicio que hemos podido prestar a la Iglesia y a la gran causa del apostolado de los laicos, tienen su origen en Dios, en el cual está la fuente última de todo bien que se manifiesta en el tiempo y en el espacio. Sin embargo, sabemos también que tal alabanza nuestra no sería grata a Dios, si no pasa a través del reconocimiento de la parte que cada hermano y hermana han tenido en el cumplimiento del plan trazado de antemano por El, según su sabia omnipotencia y su amor providente.

Así, pues, nos damos las gracias los unos a los otros y juntos unimos nuestras voces para expresar nuestro reconocimiento al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, implorando que, "así como ha comenzado en nosotros esta obra buena, la lleve a cumplimiento" (cf Fil 1,6), para gloria suya y provecho de cuantos El ha confiado a nuestros cuidados pastorales.

Que la "synodalitas efectiva" —como por analogía podríamos definirla—, que hemos vivido en estos días, se prolongue en el tiempo como "synodalitas afectiva" y acompañe nuestro compromiso a la hora de ejecutar cuanto el Señor ha sugerido a nuestros corazones.

Confiamos este deseo nuestro a la intercesión de la Bienaventurada Virgen María, para que Ella lo presente a su Hijo y nos obtenga de El todas las ayudas necesarias para poder llevar a la práctica los compromisos de la fase post-sinodal de manera fructuosa y adecuada.